

VILMA COCCOZ

Lo que Lacan sabía

Editorial Universidad de Granada

MMXIII

© VILMA COCCOZ.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
LO QUE LACAN SABÍA.
ISBN: 978-84-338-5550-3
Depósito legal: Gr./1.337-2013
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Preimpresión: TADIGRA S. L. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.
Ilustración de cubierta: Gabriel Sánchez Llamas.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRESENTACIÓN

Si Vilma Coccoz dio esta conferencia bajo el título de *Lo que Lacan sabía* para transmitirnos algo de lo que ella ha aprendido de la enseñanza de Lacan, me atreveré yo, a su vez, a decir algo de *Lo que Vilma Coccoz sabe*.

Vilma Coccoz sabe transmitir que el psicoanálisis no es un saber muerto, tampoco un bello saber para el deleite pero de escasa utilidad; es, por el contrario, una verdadera pragmática de una potencia tal que obliga a cada analista a preguntarse, cada vez, si su práctica está a la altura del discurso psicoanalítico que la orienta. Por eso, escuchar y leer a Vilma Coccoz mueve siempre al trabajo. Es, sin duda, lo que también produjo la enseñanza misma de Lacan.

Lo que Lacan sabía pone en juego, de entrada, a Lacan y al saber; dos términos

que parecen conjugar muy bien porque tenemos una transferencia con Lacan. Si esta conferencia fue impartida y ahora puede ser leída, en este librito que está ahora en sus manos, es porque Lacan fue capaz de generar transferencia con “lo que sabía”. Su enseñanza genera, y seguirá generando, no sólo una suposición de saber, sino una transferencia de trabajo en toda la comunidad analítica. Producir una enseñanza, transmitirla, es ser capaz de generar efectos con lo que se sabe —sin elidir, eso sí, una relación con el no saber—; es, sencillamente, la transmisión de una palabra con valor de acto y no una simple palabra seductora e hipnotizante. El alcance de la enseñanza de Lacan es algo que todavía oteamos cuando trabajamos para poner al psicoanálisis a la altura de la subjetividad de nuestro tiempo. Y esto es así porque Lacan tenía la asombrosa capacidad de iluminar todo un campo de saber con una sola frase.

El trabajo de Vilma Coccoz pone de relieve que el saber del psicoanálisis y la práctica efectiva del psicoanalista acogen lo más singular del sujeto. El psicoanálisis es una pragmática que no ignora lo real como intenta hacer el saber y la práctica del experto, verdadera figura culmen de la estupidez de nuestro tiempo. Los expertos son el brazo armado, en el campo de la “Gestión del Conocimiento”, de *la política de las cosas*. Encarnan un saber muerto en manos de burócratas, muertos ellos también para el deseo. Vemos dibujarse aquí las antípodas del saber psicoanalítico, un saber vivo por y para el deseo, un saber que no puede ser otra cosa que subversivo para el discurso del amo actual, el discurso capitalista, y para la ideología de la evaluación.

Recuerdo con nitidez una frase de Vilma Coccoz en su labor de docente del Instituto del Campo Freudiano: “Cuando me pierdo, vuelvo a Freud”. Podemos estar seguros de al menos una cosa respecto

a lo que Lacan sabía: supo leer a Freud como nadie ha sabido hacerlo; a Freud que abrió, nos abrió, el campo del psicoanálisis sabiendo extraer de su praxis con sus pacientes histéricas un saber no sabido hasta entonces. Esto es lo que supo Lacan, lo que supo Freud y lo que Vilma Cocoz sabe transmitirnos para, que en la época que nos ha tocado, sigamos en la apuesta decidida por un saber que no es cualquier saber, pero que está presto a ser sabido para cualquiera: es el saber del psicoanálisis.

JAVIER CEPERO

Conferencia impartida por Vilma Cocoz en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Granada, el 14 de noviembre de 2008, con motivo del Ciclo de Conferencias y Debates organizadas por el Instituto del Campo Freudiano de Granada, que en el curso 2008-2009 llevó por título: *Todavía Lacan*. Fue presentada por María José Olmedo.

LO QUE LACAN SABÍA

VILMA COCCOZ

Ahora pienso que el título que propuse para esta intervención surgió un poco precipitado, sin haber hecho una suficiente reflexión. Es un poco atrevido pretender hablar sobre *lo que Lacan sabía*. Y de ahí que haya sido llevada a preguntarme, de manera más precisa y limitada, ¿qué es lo que yo he aprendido de lo que Lacan sabía?, ¿qué es lo que Lacan me ha enseñado a mí? A mí, que lamentablemente no pude asistir a su Seminario, porque falleció a los pocos meses de haberme instalado en España y mi viaje a París, con la intención de conocerle, se frustró. Se puede pensar, se podría formular la pregunta acerca de...si los que tuvieron la suerte de escucharle cada

semana saben más de *lo que Lacan sabía* que lo que puedo saber yo y todos aquellos que estudiamos sus textos, sus lectores.

Uno

Transmisión del psicoanálisis, tribulaciones de Lacan

Sin embargo, en el comienzo de su *Seminario XX*¹, Lacan parece lamentar el obstáculo que constituye su presencia para la transmisión del discurso analítico. Su presencia, que era tan atractiva, tan potente, representaba el paradigma de lo que se ha dado en llamar “personalidad carismática”. Podemos verlo en las filmaciones, era impresionante la manera en la que se dirigía a la audiencia —hay pocos oradores así—. Esto dio lugar a un fenómeno, que él

1. Lacan, Jacques: *El Seminario*, Libro 20, *Aún*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1981, p. 9.

mismo menciona, el fenómeno lacaniano. No había ningún intelectual parisino que desconociera el alcance del seminario de Lacan. Muchos intentaban entender por qué la gente salía en un estado de entusiasmo, de fascinación, muy particular. Sin embargo, Lacan consideraba a ese fenómeno de masas, un obstáculo para la transmisión del psicoanálisis. Se mostraba antipático con la audiencia, que le parecía excesivamente numerosa, porque, además, esperaba que le replicaran, que le pusieran en cuestión, que surgieran preguntas, que alguien le dijera “No, no es así...”, —lo cual hubiera podido indicar que intentaban salir de la sugestión que su presencia imponía. Pero, normalmente, permanecían mudos esperando que él siguiera, que dijera aún —*aún*— más.

Él se daba cuenta de que su presencia engendraba un goce, una satisfacción que los oyentes encontraban en la dimensión escópica de la escena, en el hecho de ver su cuerpo, sus gestos, al escucharle. Se

creaba un efecto tipo televisión: el quedarse fascinado, hipnotizado, por la dimensión de la imagen, de su presencia, que por supuesto estaba vinculada a su autoridad, derivada de su posición en el discurso. Evidentemente, hoy en día no es tan sencillo hablar de la autoridad de alguien en relación con el saber, que, entretanto, se ha “democratizado”. Incluso puede estar mal visto reconocer que alguien detente un lugar excepcional. Aunque, por otro lado, también existe una nostalgia de la posición de autoridad y algunos la quieren imponer por la fuerza. Pero Lacan pertenece a una época en la que aún la autoridad tenía efectos. Aún no se había instalado la clase de los llamados “expertos” —los que dicen conocer la técnica y esgrimen los protocolos de actuación—. Lacan ocupaba un lugar eminente, en el sentido de quien sostiene una enunciación, una posición inigualable en el discurso.

Pero él esperaba que, como efecto de su palabra, hubiera habido más efectos de

discurso a partir de los cuales se verificaría la transmisión de su enseñanza. Y por ello inquietaba cada vez, a la audiencia, diciéndoles que quizás, el año siguiente, no iba a continuar con el seminario. Llegó a decir: no entiendo qué hago yo *aún* hablándoles a ustedes cuando tengo muchas cosas mejores que hacer que estar aquí. Era una manera de intentar salirse de esa captura, de ese lugar agalmático producido por toda esa gente que lo esperaba, que lo seguía, que lo citaba. Y ¿por qué? Porque Lacan consideraba que el culto a la personalidad no era un lugar adecuado para la transmisión del discurso analítico. Para los fines de transmisión del discurso analítico el narcisismo constituye una barrera, porque, precisamente, el discurso analítico puede continuar existiendo si se consigue contagiar, y ello en la medida en que los analistas pongan en cuestión su narcisismo en favor del discurso. Por eso Lacan se enfadaba cuando se referían a él como un pensador, un filósofo, un gran intelectual,

un genio, un personaje; le irritaba profundamente porque pensaba que son astucias para no confrontarse a las exigencias del discurso, que requieren que uno se tome las molestias para sostener, para indagar la lógica de su acción. Lacan no se identificaba con el supuesto saber que se le confería, no creía ser el dueño del discurso, sino que se esforzaba en servir al discurso analítico ocupando el lugar del agente, el que porta la palabra, lo cual es muy diferente. Es algo importante a tener en cuenta; una pregunta —que debemos hacernos los psicoanalistas cada día— es si estamos a la altura de servir al discurso analítico en nuestra práctica, de ahí que sea una práctica bajo control. Es una pregunta a mantener abierta porque de ello depende que el psicoanálisis pueda seguir existiendo sin derrapar hacia otros discursos.

Lacan advertía del peligro de que el psicoanálisis quedara muy vinculado a las personas. Es un hecho que el psicoanálisis lacaniano mantiene su filiación freudiana.